

# GABRIEL DE ANZUR, UN AÑO EN LA MEMORIA.

*Domingo F. Faílde*

Recuerdos, efemérides, celebraciones, ofician la liturgia de la memoria, manteniendo encendida la luz de alerta, ese casi genético testigo que nos remite al origen, a la pureza inicial de cuanto pudimos o debimos ser, de no haberse interpuesto la ambición o, simplemente, la necesidad, valores añadidos - en, por y desde el tiempo - al suma y sigue de la cultura.

Estamos, sin embargo, habituados a conmemorar lo baladí, aprestándonos a rendir pleitesía a banales asuntos que envueltos en papel de regalo, con el marchamo ilustre de la moda o el interés, gestas se nos antojan, heroicidades para la galería particularísima de la prensa del corazón, y, en fin, monumentos solemnes de una historia que, mírese tal se mire, no deja de ser sórdida.

Pocos, pues, fatigados los ojos tras escrutar, expectantes, el gran escape-rate de la modernidad, el pomposo muestrario de un sistema incapaz de venderse a sí mismo a escoba, detendrán sus pupilas ante un banco vacío, allá en la Plaza Alta de Algeciras, don-

de, hasta hacer ahora un año, la menuda figura de un anciano, uno de esos poetas que se nutren del pueblo al que alimentan, inscribía en el espacio cotidiano los signos de un mensaje que aún pervive. Es decir: la lección magistral de quien, al margen del discurso oficial, purpurina de una literatura subvencionada y cautiva, testificaba con su coherencia la profunda verdad de un lenguaje que, aferrándose a la inocencia, pugnaba por rehuir la corrupción, el nudo corredizo de la moda, lo guiños falaces del prestigeador profesional.

Era Gabriel de Anzur uno de esos profetas a los que, con frecuencia, la insania colectiva devalúa. Cuando hablaba con él o, simplemente, escuchaba las invectivas que el auditorio acogía con displicente condescendencia, no podía evitar la evocación de Casandra, la muchacha troyana que vaticinó la ruina de su ciudad ante la indiferencia suicida de sus compatriotas que, por designio de Apolo, rechazaban sus predicciones clarividentes.

Los oráculos de Gabriel - que, a despecho de sus detractores, solían arro-

parse en la soflama retórica del anarquismo decimonónico - brotaban de los veneros de la experiencia, químicamente lúcidos, sin que prejuicios ni resentimientos contaminaran un ápice aquel caudal de razones, tan contundentes como líricas, que él blandía sin herir.

Al año de su muerte, cumple rememoremos esa palabra suya ahíta de dignidad. Porque Gabriel de Anzur era de esos poetas machadianos que, al modo de Juan de Mairena, más poetizaba con los actos que con los propios versos, afirmando la preeminencia del ejemplo sin mácula, harto más elocuente que prédicas y teorías.

En estos tiempos negros, cuando la deslealtad y el desencuentro son moneda de curso legal y la palabra empañada es palabra empañada, la memoria entrañable de Gabriel se yergue en el crepúsculo con esa claridad - tan convincente - que ensalza a los hombres de bien.